

## Cuento

# Un gran trozo de carne



Las sábanas copiaban las formas de los cuerpos, bajaban, subían y se pegaban a la piel caliente y húmeda. El sol aún no aparecía, pero a él lo despertó el calor del cuerpo de su mujer. Abrió los ojos pero tardó mucho en enfocar, parecía que ese papel tapiz, tan visto por él, se negara a tomar su forma. Manchas de colores, caras grotescas que sonreían, ese parece ser un dragón, ese otro un oso, un león, todo lo que veía eran bestias feroces, hasta que aparecieron las guirnaldas rosa claro. Se sentó en la orilla de la cama levantando los brazos y poniendo la espalda recta. El piso estaba frío. Se puso las pantuflas y buscó un vaso limpio para servirse agua. En ese momento se dio cuenta del cuerpo que estaba a su lado, al levantarse había descubierto la espalda. Se detuvo un poco a contemplarla y

**Nicolás García Rentería**

Facultad de Filosofía  
y Letras-UNAM

la cubrió. El también estaba desnudo, se puso ropa interior y una bata, después se dirigió al buró y tomó su reloj. Hasta ese momento encendió, sólo un momento para ver la hora, la lámpara de mesa. Hizo una exclamación, apagó la luz y dejó caer el reloj. Inútil volver a acostarse, ya no tenía sueño.

En la obscuridad y sobre el suelo frío él descansaba. Ningún otro se atrevía a hacer ruido cuando dormía, pero ahora los más pequeños, vencidos por el hambre, despertaron. El hambre que los demás habían soportado sin protestar. El llanto de las criaturas co-





menzaba a extenderse a lo largo de la bóveda, rebotando, lastimero.

De pronto él dio un largo bostezo, se puso de pie y se sacudió el polvo, hasta ese momento abrió los ojos para mirar a todos. Había que salir a cazar.

Entró al baño y orinó. Pensó que le convenía esperar a que saliera el sol para bañarse. A oscuras se sirvió una taza de café y fue a sentarse a la sala, pero aún no se recuperaba: se recordó sobre su mujer lamándole los pezones, mordisqueándolos, en esa comfortable inconsciencia que da el alcohol, con la sensibilidad. Le había arrancado la ropa e inmediatamente hundió su nariz entre sus piernas apretadas, mientras sus manos se abrían hasta el dolor por abarcarle las nalgas. La había cogido con fuerza, violentamente, excitado por los gemidos y soportando las uñas que se clavaban en su espalda. Sintió de nuevo el placer de la penetración, la carne que cedía y un olor muy penetrante, que nunca había percibido, al momento de venirse, ambos. Ella se empeñaba en tener un hijo a toda costa y él se negaba. Estaba demasiado acostumbrado a vivir sólo con ella, no creía que necesitaran a nadie ni para educar, ni para ocuparse, ni para cuidar y menos para alegrar la casa. En sus planes no estaba contemplado un niño, aunque su trabajo no fuera pesado ni le exigiera viajar. Él no se creía preparado para tener uno. Esas ideas de tener hijos se las habían metido en la cabeza gentes sin escrúpulos. Ellos no necesitaban ningún hijo, por lo menos él no. Ella se pasaba las tardes sola, preocupada por supervisar el trabajo de la muchacha que le ayudaba en la casa. Él regresaba un par de horas para comer y volvía a la oficina,

de donde salía muy tarde. Ella veía con un dejo de resignación como él se anudaba la corbata y se ponía los zapatos justo a las cinco en punto. Tal vez ella sí necesitara un hijo. Fue a la cocina y vio dentro del refrigerador un gran trozo de carne roja sobre un plato. Decidió que aún era muy temprano para cualquier clase de carne.

**Él se alejó un poco para no escuchar el bullicio a su espalda; levantó la cabeza y olfateó: savia de árboles jóvenes**

El llanto de los pequeños era intolerable a pesar de los gruñidos de las madres por tranquilizarlos. Él dio un paseo donde estaban recostadas las hembras, las contó. Una se acercó y se recortó a su lado, él no la miró; fue hacia los machos y después salió de la cueva. El sol no tardaría en ponerse, soplaba una brisa fría que bajaba de la montaña y los pinos, cada vez más oscuros, contrastaban con el cielo que se encendía. Él se alejó un poco para no escuchar el bullicio a su espalda; levantó la cabeza y olfateó: savia de árboles jóvenes, un remanso en el río, un claro donde

► 9



crecen las flores allá arriba, una pequeña serpiente nacida ayer, inseguridad, miedo. Comenzó a caminar, seguido por otros cinco, y se internó en el bosque.

Rompió un huevo sobre la sartén y lo revolvió con una pala de madera, haciendo estallar la yema. Casi no usó aceite, pues aún tenía revuelto el estómago por la resaca. Cuando estuvo listo lo puso en un plato y fue con él al comedor. Mientras comía observó la estancia: los vasos sucios olvidados sobre la mesa de centro, los ceniceros repletos incluso de servilletas de papel hechas jirones. Para sentarse tuvo que empujar dos platones con galletas y queso que nadie comió. Se imaginó un bebé de ocho meses tratando de gatear entre los cojines y los discos tirados sobre la alfombra, metiendo los dedos entre las copas y los platos con paté. Después lo vio entre sus tres amigos que le hablaban con aliento de alcohol y tabaco. Dejó de comer y se tomó la cabeza con las dos manos. Todavía no amanecía.



Separados en dos grupos trotaban entre los árboles. De vez en cuando se detenían a olfatear y, a la distancia, acordar el camino a seguir. Después de mucho andar

llegaron a un riachuelo que corría manso atravesando el bosque. El que iba al frente se detuvo a beber y después dio varias vueltas en círculo a un arbusto; cruzó a la otra orilla y avanzó un poco con la cabeza gacha. Sus compañeros cruzaron

también y lo siguieron río arriba, abriéndose paso entre ramas y hierba. Ahora corrían veloces levantando la hojarasca con las patas; subieron por la orilla confiando en la habilidad del líder, y en que reconociera los olores que trae la corriente. En un instante se detuvo, los ojos grises se movían nerviosamente sin parpadear, oculto en una parte densa del bosque observó un grupo de venados bebiendo. Husmeó el aire con la cabeza pegada al piso y los ojos fijos en el grupo hasta que encontró un pequeño animal, extremadamente delgado, que temblaba protegido en medio de la manada.

No terminó sus huevos. La cabeza aún le daba vueltas y sentía en su aliento el agrio sabor de una cruda de tequila. A esa hora de la madrugada la luz hierde más los ojos, y los suyos empezaron a llorarle. Apagó la luz, encendió un cigarro y fue a sentarse en un sillón con su café en la mano. Recordó todo lo que había bebido, lo que había fumado, la náusea. Hizo cuentas sobre su edad, y pensó que si tuviera un niño tendría que aguantar las fiestas de sus amigos casi entrado en los cincuenta años. Ya no tendría la





paciencia para aguantarlo si continuaba bebiendo con la frecuencia acostumbrada. El dolor de cabeza creció y de nuevo sintió revuelto el estómago. Tenía que tomar aire.

Él se arrojó primero y después los demás, desde tres puntos distintos. Gruñendo se acercaron al grupo, que se separó de inmediato con golpes de astas. Las pezuñas chapalearon durante la huída mientras detrás se escuchaban, fuertes, las dentelladas. Se señalaron la presa y la rodearon, estaba protegida por una hembra fuerte; dos atacaron al venado más grande obligándolo a alejarse, los otros dos persiguieron al pequeño. Unas fuertes quijadas lo apretaron del cuello y la sangre saltó. Todavía, río abajo, podía escucharse el eco de las patas de los venados.

Aire. Le hacía falta respirar aire fresco. Dio un sorbo al café y salió al jardín a ver amanecer. Era un jardín apropiado para que jugaran quince niños, aunque él lo usara para reuniones de trabajo. Si tuviera un hijo tendría que colocar

un columpio y una resbaladilla, tendría que adornar con globos en cada cumpleaños. Imaginó a sus hijos jugando con los hijos de sus amigos en el césped.

Él abrió las fauces y dejó caer al venado cuando vio al hombre. Notó su pelo en las piernas y en el pecho, olió su aliento ácido y su piel con manchas de semen, oliendo a hembra. Él se restregó la cara cuando vio al lobo, los ojos grises fijos al mirarlo, el pelo hirsuto del lomo, la sangre escurriendo. El lobo se sentó a comer su presa sin dejar de mirar lo que tenía enfrente, de piel tersa y brillante. Resbalaba la espesa sangre por el hocico a cada mordida. Devoraba la carne sin masticarla, con la urgencia que da el hambre. Su esposa lo llamó desde una ventana pidiéndole subir. El hombre entró en su casa con la vista fija en un rincón y oyendo todavía a los lobos comiendo en su jardín. Pensó en su mujer, en su espalda desnuda; sintió deseos de que le cocinara ese gran trozo de carne del refrigerador, y tuvo la clara sensación de que la había preñado ◉